



Amat-Piniella, el tercero en la fotografía, junto a Ferrán Planes y Joan Pagès, que fueron sus compañeros en Mauthausen.

LA SEGUNDA MUERTE DE UN EX-DEPORTADO

Detuvieron a Alvaro Guevara una noche de frío y niebla en su casa de París.

Lo llevaron a un campo de concentración y ahí lo mantuvieron preso, con un tatuaje en el brazo, hasta el fin de la guerra. Hecho un esqueleto humano salió del infierno, pero ya nunca pudo reponerse. Vino por última vez a Chile, como para despedirse de su tierra, dándole un beso final, un beso de sonámbulo; se volvió a Francia, donde terminó de morir.

(Pablo Neruda, Confieso que he vivido.)

ES difícil olvidar a un personaje de la película *Cabaret*. Se trata del rubio adolescente de ojos iluminados, un rubio hermoso y tierno, que canta que el mañana le pertenece. Un mañana que no podía pertenecer, según lo que el rubio reclamaba a la historia, a mucha gente. Entre esa gente se encontraban los casi seis mil españoles muertos en los campos de exterminio nazis. Y poco les perteneció, ese hipotético mañana, a los que sobrevivieron: apenas cuatro mil. Sin alcanzar las monstruosas cifras a que llegaron los judíos o soviéticos asesinados en los campos de la muerte, la nacionalidad con un porcentaje más alto de eliminados allí fue la española.

Se puede morir en un campo de exterminio nazi o se puede morir mucho después. Este es el caso del escritor catalán Joaquín Amat-Piniella, que murió el pasado mes de agosto en una Barcelona húmeda y casi vacía. Autor de varias novelas, donde dejaba traslucir su impenitente actitud escéptica —pero no desesperanzada—, debería recordarse, sobre todo, por una novela, casi una

años más tarde. Fue difícil la lucha de Amat-Piniella en K. L. Reich: se trataba de olvidar el resentimiento para objetivar, tras la capa de su obstinada lucidez, el drama de los cinco años que habrían que marcar toda su vida.

«A mí allí dentro me mantenía la idea de salir con vida. Y de poderlo explicar. Hacía mucho tiempo que no me dejaba la idea de K. L. Reich; pensaba que todo

tes que recibí al entrar fue cuando el intérprete general, un alemán que me parece que estuvo en la Legión Cóndor —se ve que había hecho algo de tipo criminal, y además era homosexual—, nos hizo un discurso de bienvenida y nos dijo: "Os conozco muy bien, sé cómo sois los españoles, aquí se os han acabado las agallas". Y lo dijo con una palabra más gráfica. "Aquí —prosiguió— quien dice lo más mínimo es hombre muerto. Tenéis que limitaros a cumplir lo que os digan y no levantar la cabeza, porque os la harán bajar. No creáis que eso de aquí es como España, donde todo el mundo hace lo que le da la gana". Lo decía con su voz aflautada. Había sido soldado y había caído en desgracia... No estuve mucho tiempo en la cantera porque pronto me condujeron al comando que estaba encargado de sacar la porquería de los depósitos. Me debieron escoger porque por aquella época yo estaba relativamente fuerte, y para aquel trabajo buscaban a los menos delgados. Ya me adelgacé pronto, ya... En aquel momento debería pesar unos cuarenta y cinco o cincuenta kilos. Normalmente, peso unos setenta o setenta y cinco kilos. Se me hinchaban las piernas, se me llenaban de agua, era el edema propio del hambre. En aquellos momentos mi moral era bastante baja, porque pensa-

Montserrat Roig

gran novela épica, K. L. Reich, uno de los pocos testimonios vividos que ha dado nuestro país del universo concentracionario nazi. Y, sin lugar a dudas, el mejor, junto con *Le grand voyage*, de Jorge Semprún, desde el punto de vista literario. En K. L. Reich, el título da referencia al comando donde Amat-Piniella fue inscrito, el autor luchó contra los recuerdos. Unos recuerdos demasiado vivos, demasiado punzantes, pues Amat-Piniella tuvo la valentía de escribir su novela en 1946, en Andorra, tan sólo un año después de la liberación del campo de Mauthausen. Y las cosas de la vida, de nuestra «vida», la novela no vería la luz hasta mucho después y, además, en su versión castellana. La catalana, la versión original, aparecería diecisiete

aquello se tenía que saber, que tenía que haber alguien que hiciera de notario. Que diera fe... Yo iba siguiendo la aventura y pensaba: "¡Hombre, no te van a matar!". Pero, claro, me reservaba para una muerte más refinada. No había mucha comida allí... Nos llevaron a todos en masa a Mauthausen, sin hacer ninguna elección y sin mirar las responsabilidades políticas de nadie. Nos condujeron en unos trenes especiales. No sabíamos hacia dónde íbamos. Sólo que íbamos hacia el Este, eso sí. Pero nada más. Al fin supimos que estábamos cerca de Linz. Yo había oído hablar de los campos de concentración, pero nunca de Mauthausen. Lo conocí por primera vez cuando vi el letrero que decía: "Mauthausen"... Una de las impresiones más fuer-

LA SEGUNDA MUERTE DE UN EX DEPORTADO

ba que si aquello duraba mucho tiempo no lo iba a resistir. Pero, a pesar de todo, fui aguantando... Los SS partían de la idea de que todos los enemigos del nacional-socialismo no merecían vivir. Pero había muchas formas de matar. Nos podían fusilar, pero eso no daba ningún rendimiento. Una manera de morir poco a poco era hacernos trabajar. Hasta que no quedaba ni un ápice de vida. Hasta la exterminación total... Quizá la impresión más fuerte que guardo de mi estancia en el campo, una de aquellas que te dejan sin fuerzas, fue una noche en que asistí a una paliza que ellos dieron a unos checos. Yo asistí a aquello porque en aquel momento estaba en el comando de la ropa civil y tenía que recoger su ropa y ponerla en sacos. Ziereis llegó borracho como una cuba, porque acababa de celebrar no se qué victoria. Empezó el interrogatorio y les empezó a decir: si eran comunistas o qué, y hala, venga a pegarlos con la vara, y patadas, y puñetazos. Entonces Ziereis se enamoró de uno de los checos y lo arrastró a un rincón. Allí lo mató a puñetazos. A mí me salpicó de sangre todo el uniforme. Eso es una de las cosas más horribles que vi allí. No, no tenía miedo. Estaba horrorizado, simplemente. Me sentía impotente. Pero, claro, tú no podías hacer nada. Sólo procurar que no te tocara a ti. Y esperar los momentos mejores en que se haría justicia. No, no sentí ningún deseo de venganza cuando se acabó todo. Sólo de justicia. Me parecía imposible que esos crímenes pudieran quedar impunes... (1).

Pero de los 1.500 verdugos responsables en Mauthausen de la muerte de cerca de 127.000 deportados, menos de 200 pagaron con la vida. De los cien mil verdugos que había en todos los campos de exterminio, los americanos ajusticiaron a 284; 300 lo fueron por ingleses, franceses y polacos, y veintidós ahorcados por el Tribunal de Nuremberg. El total —entre 100.000— es de 600 hombres que pagaron con su vida los crímenes nazis. Los prisioneros de los americanos condenados a penas de detención fueron puestos en libertad entre 1949 y 1955, mediante actos de clemencia del mando americano en Europa. Es fácil preguntarse si se ha hecho la justicia que Amat-Piniella reclamaba. Ese posible gran escritor catalán pasó por tres fases de su vida: la primera fue el Amat-Piniella de la generación romántica, el que se alistó voluntario a una guerra «sabiendo que no íbamos a ganar nada personalmente» (2); el segundo es el

Amat-Piniella de Mauthausen, el infrahombre, y el tercero es el hombre que tiene que desistir a la fuerza de sus esperanzas, de sus propósitos, de sus intenciones y regresar a una tierra que no le ayudará a olvidar. Los deportados españoles fueron a los campos de la muerte sin ningún país que los respaldara, que los definiera como «algo» dentro del magma europeo. Muchos de ellos todavía no han regresado. Otros no van a regresar nunca. Aquellos españoles eran, simplemente, apátridas. Llevaban en el brazal un triángulo azul, no el rojo de los políticos, no el amarillo de los judíos, no el rosa de los homosexuales, no el negro de los asociales. Llevaban un triángulo azul porque alguien había decidido que ellos no eran nadie ni pertenecían a nada. Amat-Piniella, con su lucidez a cuestas, tuvo que arrastrar toda su vida un simbólico triángulo azul.

Cuando era joven, muy joven, Amat-Piniella pudo vivir una época en que la cultura no estaba reñida con la vida externa de su colectividad. Y, en su caso, cuando ser catalán era manera «de ser», y basta, no un estigma, no una ambigüedad. De la misma manera que se es rubio o moreno, mujer u hombre. Ferrán Planes, amigo suyo y escritor catalán también, ha publicado un emocionado artículo en un vespertino de Barcelona, donde nos descubre algunas zonas de nuestro personaje: «En el año 1930, Amat tenía dieciséis años. Procedía de una familia burguesa y acomodada. Sin embargo, le entró una funesta manía: pensar y sentir. Hay que hurgar por ahí recordando el contexto de aquella época para explicar sus futuras cuitas y desventuras. Y así, se lanzó a predicar por la comarca de Bages una especie de "buena nueva" que después había de cuajar, parcial y temporalmente, en la República de 1931» (3).

Conocí a Amat-Piniella los últimos años de su vida. Había leído *K. L. Reich* y me impresionó la idea de que hombres que podían cruzarse por la calle con nosotros, sentarse en el cine a nuestro lado o tomar el café con leche por la mañana en el mismo bar, habían sido protagonistas de aquel mundo alucinante que el cine y la propaganda —nuestras fuentes de información, los que habíamos nacido después de 1945— reservaba a los judíos o, a lo sumo, a gente que vivía muy lejos de nuestra realidad más cercana. La novela de Amat-Piniella me abrió un mundo completamente ignorado. A través de él empecé a buscar a esos hombres, a esos escasos supervivientes. He conocido a más. Algunos me han explicado historias casi inverosímiles, pequeñas heroicidades de

asturianos, valencianos, gallegos muertos, asesinados en los campos de la muerte. Pequeñas luchas que sostuvieron las mujeres españolas en Ravensbruck. O grandes luchas, si bien se mira. Y ese mundo me lo abrió el primero que conocí, Amat-Piniella, quizá un gran escritor si la suerte hubiera sido otra. De hecho lo es un gran escritor, por su novela *K. L. Reich*.

K. L. Reich no es la típica novela sobre «lo que sufrieron las víctimas del nazismo», escrita para saciar la morbosidad del lector medio, como tantas que salen anualmente y que se venden en los quioscos de todas las estaciones europeas. (Este año, solamente en Alemania, han salido ocho biografías sobre Hitler.) *K. L. Reich* es la historia de unos hombres que habían luchado antes y que trataban de subsistir física y moralmente. Es, sobre todo, un libro escrito con esperanza. Un ex deportado me dijo una vez que en los campos de concentración franceses sobrevivían mejor los que habían nacido en el campo y estaban habituados a toda clase de dificultades físicas y a las inclemencias del tiempo. En los campos nazis, por el contrario, era la moral, sólo la moral, lo que podía ayudar a sobrevivir. Con la moral era posible enfrentarse a un régimen alimenticio de 700 a 900 calorías diarias (sobre el papel estaban prescritas de 2.300 a 2.400 al día). No sólo se trataba de subsistir físicamente, sino de superar —o mediatizar— lo que el sadismo nazi supo crear en sus formas más demolidoras: la degradación moral. Se trataba de convertir al deportado en enemigo del deportado.

«La tónica general entre los de mi generación es la del hombre que siente nostalgia del pasado, que vibró un poco durante el mes de mayo francés y que disfruta cuando se encuentra en el ambiente apropiado, pero que en su vida normal se va hundiendo cada vez más en un profundo escepticismo. Porque relacionamos el problema general con nuestro problema personal, y esto es quizá el principal fallo de nuestra generación», dijo Ferrán Planes una vez (4). Ligeramente enervado, las manos tímidas, la sonrisa entre burlesca, irónica y comprensiva, Amat-Piniella era un hombre acostumbrado a escuchar, conciliador, de una humanidad construida a base de muchas resistencias interiores. Pero Amat-Piniella había decidido, inconscientemente, morirse. Su segunda muerte fue el pasado mes de agosto. Amat-Piniella había empezado a morirse en Mauthausen. Ninguna guerra se termina tajantemente, como el filo cortante de un acantilado. Y menos la nuestra: aunque no dejó de terminar-

se a la manera como lo concibe un Blas Piñar. Los primeros que desearon terminarla fueron los que más sufrieron sus consecuencias: familias divididas, vocaciones frustradas, rumbos vitales trastornados inevitablemente. Son las secuelas de una guerra. Secuelas menos espectaculares que la propia guerra, más íntimas, pero más duraderas, más profundas. Secuelas que inciden de manera irremediable en todas las fibras del cuerpo humano, de la mente, de la moral, hasta que te convierten en algo muy distinto de lo que habías empezado a ser. Hay dos clases de muerte después de una guerra: una es la física. La otra es la moral. La segunda es lenta, subterránea, silenciosa. Puede durar años: desgasta, mina por dentro, es corrosiva, llega a destruir las fuerzas personales de la creación, de la imaginación. Amat-Piniella luchó veintinueve años contra esa segunda muerte, intentando ser el hombre que había querido ser antes del 36: un hombre que escribe y crea en su propia lengua. Por eso escribió varias novelas después de *K. L. Reich*. Pero siempre daba la impresión de que había perdido todos los trenes. En marzo del pasado año me escribió: «Entiendo que nuestra culpa generacional es haber hecho más caso del corazón que del cerebro. En política, el infierno está lleno de buenas intenciones. Y ese fue nuestro error. En una palabra: lo perdimos todo, pero por idiotas. El hecho de que luego purgáramos nuestro error no es ninguna excusa. Y no es que ahora crea que nos teníamos que cargar a media Humanidad. De acuerdo que nosotros no teníamos que utilizar los mismos métodos que el enemigo, pero sí que en política hace falta disponer de todos los registros como para tocar el órgano y saberlos utilizar con oportunidad. Si no lo supimos hacer es por una incapacidad que yo creo culpable. Dirás que todo eso es hablar por hablar y que no podemos hacer marcha atrás, pero quizá vale la pena hacer autocrítica delante de los que, jóvenes como tú, pueden aprovechar la lección que nos proponen y de la cual todavía nos estamos resintiendo. Hay muchos puntos comunes entre vosotros y nosotros, y eso me anima, pero que la debilidad y la buena fe no os haga a vosotros el mal que nos hizo a nosotros. Corazón, sí, pero en lo más hondo, como uno más de los alimentos para las raíces de la acción política, uno entre muchos otros».

Amat-Piniella, como el amigo poeta que Pablo Neruda cita en sus *Memorias*, terminó de morir solo, con la ausencia de muchos de sus amigos, en una clínica de Barcelona. ■ M. R. Fotos: PILAR AYMERICH.

(2) De *Españoles en los campos nazis*, publicado en TRIUNFO en diciembre de 1972.

(1) De una entrevista inédita con la autora de este reportaje.

(3) «Tele/eXpres», 7 de agosto de 1974.

(4) *Españoles en los campos nazis*.